

Lily Iniguez y su "Breve

Canción

por
Carlos Silva
Vildósola



UN RECUERDO DE SU ADOLESCENCIA



DE UN RETRATO DE VITTORIO CORCOS



A MOI L'ILLUSION QUI NE VA PLUS FINIR...

NO ES EL CASO de decir con el poeta francés:

"Sans doute, il est trop tard pour parler encore d'elle".

Alfred de Musset podía creer que el canto prodigioso de la Malibrán se había desvanecido en el espacio como el de un ave que saluda la mañana, y se aleja de la tierra, y se pierde en el deslumbramiento del sol, y está olvidado al mediodía por aquellos mismos a quienes llenó el alma de poesía y de ilusiones.

Porque el canto de Lily Iniguez quedó con nosotros, fué un mensaje de dolor y de piedad, de angustia y de esperanzas, entregado a una madre, y que en el calor de su seno tomó vida nueva, adquirió otra inmortalidad aun mayor que la de su propia belleza y sus ideales imperfectos.

Quedó ese canto fugitivo en un volumen recogido piadosamente, vuelto más que en el pergamino de su cubierta, en las ternuras maternales; quedó para pocos, pero no era posible aprisionarlo, porque tenía alas y tenía, como Eloa de Vigny, la misión de consolar con su dolor otros dolores, de inspirar con sus anhelos de eternidad aspiraciones al ideal. Y los que lo escuchamos y lo sentimos penetrar hasta el fondo de las almas, salimos a decir a los gentes que pasaban cuánto había

de bello y de consolador, de amargo y de reconfortante, de triste y de alegre, con alegría que no puede morir, en este mensaje de la dulce criatura que había rozado un día la tierra con sus alas y se había perdido en el espacio.

Nada pudo impedir que el canto de Lily, la "Breve Canción" (1), como se titula el volumen que encierra sus versos, se desbordara de su hogar y resonara en nuestras almas. Un velo se interponía entre la Canción y nosotros: está escrita en una lengua que no es la nuestra, que entendemos, pero cuyos matices de color y de sentimiento a veces se nos escapan, lengua que fué la de su cultura, porque es forma clara y precisa, toda llena de luz y capaz de sugerir con delicadeza aquello para lo cual el lenguaje humano, estropeado por la falsía y la impureza, apenas tiene medios de expresión adecuada.

Nada pudo impedir que este canto nos llegara. La obra de arte tiene el don de lenguas, y se puede decir de ella, cuando el espíritu la ha vivificado, lo que Alejandro Manzoni de la facultad concedida a los Apóstoles: "como la luz que llueve sobre todas las cosas y suscita los diversos colores", así la voz del artista, inspirado, resuena múltiple y cada pueblo la entiende en su lengua, y esta "Breve Canción" de Lily

Iniguez resuena en todos los corazones y hace meditar a todas las inteligencias por el poder de su inspiración, por el Espíritu soberano que le dió vida.

¿Pero qué haré yo de esta "Breve Canción" puesta en mis manos encallecidas, como si hubiera dejado en ellas unas alas de mariposas? ¿Qué no parecerá rudo y vulgar al margen de este libro de una inteligencia que no tuvo época ni estilo, que no cabe en los moldes de la crítica y sus rígidos preceptos, espontáneo como el canto de un pájaro, hondo como el lamento de un herido en la noche, tierno como el llanto de un niño que llama a su madre, delicado como flor prematura abierta el día de la nevada, y de tan luminoso concepto que nadie puede leerlo sin quedarse pensativo y con el alma invadida por aspiraciones espirituales del más alto origen?

Qué puedo hacer sino abrir el libro, desatar los cordones que lo cierran como celosos de que no sean manos cualesquiera las que lo abran; pasar delante del bello prólogo en que otro espíritu de noble raza dejó unas líneas admirables a la memoria de la poetisa ausente; mirar el retrato de Vittorio Corcos que nos muestra a Lily en toda la espléndida belleza de su adolescencia, con una honda idealidad y ternura en los grandes ojos, con una cuerda lo que sabe, lo que le han contado; que a lo largo de las praderas floridas hay quien ama y llora, porque ama.

Un presentimiento extraordina-

rio la ha hecho colocar desde la niñez esta fugacidad de la vida suya. A través de las imágenes de sus versos se advierte que ella sabía más de lo que decía sobre ese triste destino que la condenaba a pasar rápida, como un relámpago deslumbrador, como rayo de sol que se extingue antes de alcanzar el mediodía.

La tarde la atrae y su tristeza no la aplasta y acongoja, sino que la hace reflexiva y profunda. "La sombra desciende sobre la colina; he aquí la noche; en la luz azulada se dibuja un ciprés negro", dice una estrofa de asombrosa fuerza descriptiva en su sobriedad. "Y la selva poco ha tan llena de cantos y vuelos, se calla al escuchar la pena del ruiseñor, la pena amada, la pena fina de este instante que la sombra azul sueña y adivina tan dulcemente. Doliente llega hasta nosotros la nostalgia de un sueño antiguo, cuya belleza fué infinita".

Desde esa página la sombra camina por la falda del monte de su alma y la llena toda. El niño dormido bajo el follaje de las enredaderas ha soñado con el Pájaro Azul y al despertar supo que no existía. Cae la nieve y todo lo borra. Ella piensa en lo que aísala y hiela el astuto invierno, en los follajes rojizos, en los vientos glaciales, en los jóvenes muertos tan solitarios bajo sus tumbas oscuras. Y las esperanzas caídas a la tierra, abandonadas,

afirmación de voluntad apasionada en la boca de exquisito dibujo; y llegar hasta la página primera en que la artista despierta a la conciencia de su necesidad de cantar.

"Me despierto; ha escrito en esa primera página, en mi extraña alborada, porque necesito cantar mi canción fugaz, la canción de armonía que un Arcángel luminoso dió a mi corazón en el fondo de su cárcel". Quiere cantar su juventud, su emoción, mezclar en su canto lejanas imágenes, cantar en su extraña alborada y luego callar, dejando tras sí "un cántico de queja y alabanza que sea en su fervor como un acto de fe".

Rara vez ha ocurrido en la historia de la poesía un caso de tan fuerte conciencia de un destino como el de esta niña. Esas primeras estrofas encierran su biografía escrita años antes de que fuera llamada. Debía cantar y partir, dejando como huella de su paso y como resumen de su fe, este canto fervoroso.

Una invocación a la luz primaveral que la inunda y la deslumbra: quiere que la luz la lleve en sus ondas, luz ardiente de amplia alegría; quiere saber el secreto de la vibración de esperanzas que hay en la luz; y tiene prisa, porque las primaveras son cortas, las rosas pasan: "Luz inmensa, claridad rubia, llévame de tu recuerdo porque después de ti siempre está pronta para volver la noche profunda".

Un sentimiento pleno de la naturaleza la invade y sube por su alma como una savia rica y fecunda. "Ven, vamos a pasear en la sombra del jardín. ¿No percibes el aroma de las rosas que para nosotros embalsaman este lugar amado?... Es una mañana de primavera, de sol; se olvida el otoño y la noche; todo habla de juventud y de esperanzas. Mira cómo las flores suben hacia el sol..."

Peró esta aspiración virginal y magnífica hacia la luz y la vida ardiente se turba ante la conciencia

(1) LILY INIGUEZ. — BREVE CHANSON. — Edition imprimée par le maître Raffaele Bellini à Milan (Ejemplares numerados).